

ORÍGENES. Homilías sobre Isaías. Introducción, traducción y notas de Samuel Fernández Eyzaguirre (Biblioteca de Patrística 89, Ciudad Nueva, Madrid, 2012) 160 pp.

El presente libro ofrece, por primera vez en castellano, las homilías sobre Isaías del célebre teólogo cristiano Orígenes de Alejandría. Se trata de nueve homilías que comentan un selecto grupo de pasajes de los primeros capítulos del profeta Isaías (salvo la homilía V, que corresponde a Is 41,2). Estas homilías solo nos han llegado en la traducción latina de Jerónimo, realizada a fines del s. IV. La presente traducción ha sido hecha sobre la base de la edición crítica realizada por W. A. Baehrens, *Homilien zu Samuel I, zum Hohelied und zu den Propheten, Kommentar zum Hohelied in Rufins und Hieronymus' Übersetzungen* (GCS, Origenes VIII, Leipzig 1925) 242-289. La traducción de las homilías está debidamente anotada, y está precedida de una introducción en cuatro capítulos: Orígenes de Alejandría (I), Orígenes y las homilías sobre Isaías (II), Contenido teológico de las Homilías (III) y Transmisión de las Homilías (IV). Al final, el libro cuenta con un índice bíblico, y otro de nombres y materias.

Desde nuestra perspectiva, se hace necesario preguntar, ¿cuál es la relevancia teológica de la presente traducción que aquí presentamos? La respuesta es inmediata y viene dada por el propio contenido. A continuación destacaremos algunos vértices teológicos a modo de ejemplo de lo provechoso de estas homilías sobre Isaías.

LA INTERPRETACIÓN BÍBLICA

A pesar de que estas homilías sobre Isaías son pocas, en comparación con otras, tienen gran densidad de elementos teológicos significativos. La virtud de Orígenes consiste en explicar las Escrituras de manera adecuada al nivel del auditorio, sin renunciar a la densidad especulativa a partir del texto sagrado. Esta observación se confirma al revisar la diversidad de escritos de este teólogo primitivo.

Lo concerniente a la interpretación de la Escritura ha sido ampliamente destacado por los estudiosos del *corpus* origeniano¹. Si se busca comprender el mérito de la tarea teológico-exegética de Orígenes, este consiste en la explicación de las Escrituras, y en la proposición de un método para leerlas. Para el teólogo Alejandrino, el papel que cumple la Escritura en el pensar teológico es fundamental. Pues, es el carácter de la Escritura, su inspiración, lo que obliga a desarrollar una arquitectura metódica acorde a la fe bíblica de la comunidad cristiana. Esto último se torna más urgente si se tiene en cuenta el contexto filosófico cultural del siglo III en Alejandría.

¹ Por ejemplo, H. Crouzel, *Orígenes. Un teólogo controvertido* (BAC 586, Madrid 1998)

La TRASCENDENCIA DE DIOS

Orígenes, comentando Is 8,18, dice: «Por ello, experimentando ellos mismos que incluso cuando progresaban, hacían progresos de niños, dijeron: “Conocemos parcialmente, y parcialmente profetizamos”. Pues no contemplaban aún las realidades de la verdad, sino las sombras de las realidades; no contemplaban la luz plena, sino la imagen oscura. Por ello repetían: “Ahora, en efecto, vemos por un espejo y en enigma, entonces [veremos] cara a cara”» (p. 118). Comúnmente se pone de relieve el vínculo entre el cristianismo y platonismo, sin embargo, y tal como destaca el traductor de estas homilías, «Orígenes no piensa en un esquema platónico de dos pisos: conocimiento sensible e inteligible, sino un esquema bíblico que distingue el conocimiento actual del escatológico. Y sostiene que el conocimiento humano actual acerca de Dios es parcial y profético, es decir, precario e incompleto pero destinado a una plenitud que aún no se ha revelado» (p. 23).

La TEOLOGÍA TRINITARIA

El teólogo Alejandrino utiliza el capítulo 6 de Isaías para reflexionar sobre el carácter trinitario del Dios cristiano. A propósito de esto último, el teólogo concluye: «Estos serafines, que están de pie en torno a Dios, y que, por el solo conocimiento, dicen: ¡Santo, Santo, Santo!, conservan el misterio de la Trinidad, precisamente porque también ellos son santos; no

hay nada más santo que ellos entre todo lo que existe [...]. ¿Quiénes son estos dos serafines? Mi Señor Jesús y el Espíritu Santo» (pp. 56-57). Ahora bien, la interpretación origeniana suscita la siguiente cuestión: ¿cómo puede verse en esta imagen bíblica la representación de dos de las personas divinas de la Trinidad? La apuesta reside en una particular hermenéutica bíblica al servicio de una interpretación teológica, que busca dar con el sentido del texto bíblico y expresarlo –al modo humano– a la comunidad. Por lo mismo, aparece el problema del lugar de la metáfora en el discurso teológico. Orígenes aplica, con maestría, las metáforas en la medida que estas transmiten lo que el texto bíblico contiene y, consiguientemente, concluye, a partir de la relación entre los dos serafines, que la alteridad es propia de Dios, es decir, «destaca la alteridad y la mutua relación entre el Hijo y el Espíritu» (p. 26). Esto último, en nuestro contexto, posee una vigencia clara y necesaria de desempolvar.

CRISTO COMO CRITERIO HERMENÉUTICO DEL AT

En la homilía III, el teólogo alejandrino, con su habilidad exegética, intenta escudriñar el sentido del texto de Isaías a partir del NT. Particularmente, el pasaje de Is 4,1 es interpretado a la luz de Jesucristo, la Sabiduría en persona: «Comprende, pues, de qué modo la sabiduría de este siglo y los príncipes de este mundo maldicen a la Sabiduría, y por esto busca el hom-

bre que esté con estas siete mujeres espirituales para quitarles su injuria. Solo uno es el hombre que les quita su injuria. ¿Quién es este hombre? Es Jesús, que de acuerdo a la carne surgió de la raíz de Jesé: *Nacido de la semilla de David, según la carne, predestinado Hijo de Dios con poder según el espíritu de justificación*» (p. 72). De esta manera, y como afirma el documento conciliar Dei Verbum 16, el evento de Cristo es criterio hermenéutico de lo ya acontecido en el AT y, el AT ilumina y realza aspectos revelados en el NT. Desde esta perspectiva, Orígenes puede afirmar la divinidad del Hijo, su carácter filial y codependiente del Padre; también el peculiar vínculo existente entre el Verbo y su economía salvífica, de otro modo, «hay identidad entre el Hijo eterno y el que quita el pecado del mundo» (p. 30).

Finalmente, hace falta que este tipo de trabajos trascienda las murallas de la academia teológica y pueda ser leído y estudiado por un público más amplio de creyentes. De esta manera, podrá darse un paso en la dirección que Orígenes ya indicaba: el cristiano no puede mantenerse en la mera simplicidad de la fe. Por el contrario, con la asistencia del Espíritu y el concurso de la razón, tiene que profundizar y aclarar lo que este cree y cómo lo cree. Esta tendencia teológica temprana —que puede denominarse como un primer esbozo de ilustración de la fe— es un paradigma de la historia de la teología y, en el tiempo actual, un imperativo al cual no puede renunciarse so pena de mantener la situación creyente en niveles infantiles, cosa que, de hecho, motivó a Orígenes pensar su fe con los elementos propios de su tiempo. Esta es hoy nuestra tarea.

Mauricio Sepúlveda Iturra